



**LIBROS**

**El asalto al cielo**

Enseña, en Padua, Doctrina del Estado y teoriza, de paso, su destrucción. Últimamente pende sobre él la acusación de estar directamente implicado en el asesinato de Moro. Me refiero, claro está, al profesor Antonio (Toni) Negri, cuyo nombre ha aparecido con frecuencia en la prensa mundial durante los días en que se conmemoraba el primer aniversario de la desaparición del líder democristiano.

Ahora, una oportuna iniciativa editorial de El Viejo Topo nos permite acercarnos al pensamiento de ese intelectual italiano de cuarenta y seis años que comenzó su vida política como joven contestatario en un grupo de Acción Católica, estuvo luego durante algún tiempo próximo a los socialistas, para acabar convirtiéndose en el principal teórico de la llamada Autonomía.

El hilo conductor de este opúsculo, *Dominio y sabotaje* (1), que conoció en Italia un éxito fulminante —en poco tiempo se vendieron del mismo 20.000 ejemplares—, es la reivindicación que en él se hace de la llamada por Negri "autovalorización proletaria". El la define así: "Autovalorización de clase es, ante todo, desestructuración de la totalidad enemiga, llevada hasta la exclusividad del autorreconocimiento de la propia independencia colectiva". O sea: un repliegue sobre sí misma de la conciencia de clase del movimiento obrero equivalente al reconocimiento de la radical diversidad de la praxis colectiva en que aquél está inserto. Y, consecuentemente, rechazo de cualquier compromiso o mediación que contribuya a la reestructuración del sistema. Lenguaje, como vemos, un tanto abstruso para un panfleto. Pero hay que decir inmediatamente que el libro contiene también pasajes lírico-incendiarios capaces de hacer las delicias de los muchachos de la Autonomía.

Ya en otras obras, y sobre todo en *La forma-Stato*, había analizado Negri el modo en que el



Antonio Negri.

Estado moderno asume los elementos de desestabilización introducidos por la lucha del movimiento obrero, para convertirlos hábilmente en instrumentos de su propia reestructuración. En este sentido, afirma Negri, el "Estado crisis" poskeynesiano sigue siendo tan reformista con el Estado planificador.

Al mismo tiempo, sin embargo, se puede afirmar que el Estado ha llegado a un punto de no retorno. Incapaz de sincronizar ya los mecanismos de reproducción del capital y los de reproducción de la clase obrera, perdidos todos los puntos de referencia, y sobre todo con la ley del valor, que era la fuente de racionalidad capitalista, en irremediable crisis, empresa y Estado tienen que recurrir a la ley del mando y la jerarquía, a una violencia institucional sin disfraces ni coartadas.

Todo ello es consecuencia de las luchas obreras, las cuales han obligado continuamente al sistema a introducir nuevas reformas para recobrar el equilibrio. Reformas que, afirma Negri, siguen siendo, pese a todo, capitalistas. Por eso, para el autor, el eurocomunismo continúa preso de la lógica capitalista. Su proyecto consiste en una pura y simple mediación entre el movimiento obrero y el Estado. La "autovalorización proletaria" no es vista más que como una función del Estado capitalista, al que permanece subordinada.

Para Negri, la "autovalorización" es lo opuesto a la forma-Estado. Es la facultad de "desestructuración y desestabilización continua del poder enemigo". No hay, pues, continuidad ni mediación posible. Ha llegado el momento, por el contrario, en que ese proceso de autovalorización

tiene que adoptar la forma del sabotaje, de rechazo del trabajo. "El sabotaje —nos dice Negri—, es la clave que permite identificar la capacidad de la lucha proletaria para transformar el rechazo del trabajo en medida del proceso de liberación.

En este proceso desestructurador y desestabilizador del sistema, el partido —función transitoria y contradictoria (aunque contradicción, ¡ay!, necesaria)— será simple brazo ejecutor que defienda las "fronteras de la independencia proletaria", los "niveles de contrapoder conquistados". Con la conquista del poder, termina afirmando Negri, aquél "debe ser disuelto en una red de poderes, pues sólo una red de poderes evitará tentaciones sustitutivas" de la voluntad proletaria por parte del partido.

Naturalmente no pretendemos, en el breve espacio de esta reseña, haber agotado, ni mucho menos, el contenido del libro de Negri. *Dominio y sabotaje* merece ser leído directamente. Es una contribución, sin duda, interesante al debate comunista. Por más que sus tesis sean a veces harto discutibles, y aunque el libro oscile continuamente entre la lucidez —sobre todo en sus análisis del funcionamiento del Estado— y el más descabellado utopismo revolucionario. ■ JOAQUIN RABAGO.

**De la seducción a la violencia: historia de una detective**

Seguramente, lo que más me ha interesado de *Picadura mortal*, la última novela, esta vez policial, de Lourdes Ortíz, es Bárbara Arenas, ese personaje, detective particular, una extraña mujer madura y guapa, lista y, sobre todo, decidida. Se diría que esta primera aventura canaria de Bárbara sirve, antes que nada, para presentarla. Para que conozcamos a un personaje despegado, desenvuelto, que al tiempo que los problemas profesionales especialmente masculinos, reflexiona de manera en que nos reconocemos las mujeres, fija su atención en detalles en los que también nos reconocemos, se deja obsesionar, siquiera momentáneamente por esas cosas que pueden obsesionarnos en cualquier momento.

La historia es simple, pero tan simple o tan en apariencia complicada como la de todas las novelas negras. Un tabaquero canario ha desaparecido, y un hijo suyo —que no por eso deja de ser sospechoso— contrata a la agencia de detectives. Cuando Bárbara está en el escenario del crimen es cuando realmente empiezan a pasar cosas y uno diría que ella misma tiene algo que ver.

Y es verdad. Y ése es uno de los datos inusuales de la serie negra, de las novedades que inconscientemente trae el género sobre la novela de intriga.

En primer lugar, el hecho desencadenante ha sido tomado de la realidad, de la sorprendente realidad de la crónica roja, y ya a nadie le extraña que esto pueda suceder, puesto que ha sucedido. La historia se basa en la credibilidad de los periódicos, y también, claro, en ese margen de



Lourdes Ortíz.

desconfianza que dejan detrás, sobre todo en nuestro país. Pero este arranque no es demasiado distinto del que suele arrastrar otras novelas del género: por ejemplo, a nadie le extraña que Lew Archer ande en un caso que empezó con una marea negra, porque las mareas negras nos las cuentan en la "tele". Luego, en una y otra, una familia de clima cerrado, asfixiante, actúa de manera que uno diría ciega, desde luego declimonónica. O decimonónicamente literaria. La referencia, pues, actúa como situadora en el tiempo. Y también en las inquietudes y turbiedades que, de algún modo, pueden tomarse prestadas de la realidad misma. Y se toman.

No es extraño —en este mundo que uno recela impenetrable— que la figura de Bárbara Arenas sea pasiva. Que, en realidad, los hechos le vayan ocurriendo y que no acuda a esa capacidad

(1) Traducción: J. S. Grau. Ed. El Viejo Topo. Barcelona, 1978.